

ALBERT COSSERY

La violencia y la burla

Traducción del francés de MAURICIO WACQUEZ

EL DÍA SE ANUNCIABA excepcionalmente tórrido. El gendarme que acababa de iniciar su servicio en el cruce más distinguido de la ciudad tuvo de pronto la impresión de ser víctima de un espejismo. El sudor que bañaba su rostro huraño y le hacía parecerse a una plañidera en plena actividad fúnebre era sin duda la causa de su trastorno visual. Pestañeó varias veces, como para dar una perspectiva más clara a su visión malograda. Sin embargo, ese mínimo esfuerzo no tuvo ningún éxito. Sacó entonces de su bolsillo un pañuelo a cuadros rojos y blancos, hecho de tela basta y tan sucio como un trapo de cocina, y se enjugó el rostro con energía. Tras aclarar así (por un breve instante) su visión del mundo, dirigió de nuevo su mirada en dirección al espejismo y eso le produjo desazón. Pues lo que veía —a medida que los elementos del espejismo se precisaban ante sus ojos— era un mendigo, el más hermoso que había visto desde hacía tiempo, cómodamente instalado en la esquina de un edificio de lujo, de reciente construcción. Para colmo, ese edificio albergaba un banco y una joyería, es decir, dos componentes de una metafísica universal que exigía que se los protegiera sin cesar de la gentuza. Volviendo a guardar el pañuelo en el bolsillo, y sin dejar de parpadear para no perder la ventaja de su nueva visión, el gendarme arremetió contra el sinvergüenza, movido por instintos homicidas. Desde hacía un mes, las órdenes eran precisas: había que librar a la ciudad de esa maldita ralea que proliferaba por sus arterias más respetables como hormigas sobre

un pastel de miel. Esta era, hay que reconocerlo, entre las numerosas consignas del nuevo gobernador —un hombre desbordante de iniciativas osadas—, la más difícil de llevar a cabo. La ambición del nuevo gobernador era sanear las calles y preservarlas de todo lo que podía mancillar su honor; hablaba de las calles como de personas morales. También, después de las prostitutas, los vendedores en las terrazas de los cafés, los recogedores de colillas y otros pillos de menor importancia, la tomó con los mendigos, esta raza pacífica pero tan fuertemente enraizada en la tierra que ningún conquistador anterior a él había logrado exterminar. Era como si hubiera querido librar al desierto de la arena.

Funcionario celoso de un Estado fuerte, el gendarme avanzó, pues, hacia el mendigo (la actitud serena de este atestiguaba por su parte una especie de provocación) y empezó por insultarlo siguiendo las reglas de un arte archiconocido. Pero el mendigo no reaccionó en absoluto a las invectivas, a pesar de su crueldad. Era un anciano con el rostro espantosamente asolado, con una barba gris que le carcomía casi toda la cara, y cuya cabeza desaparecía bajo un turbante de forma monumental. Los ojos cerrados, con los bordes realzados por un ancho trazo negro, le daban una apariencia equívoca y afeminada, que es la característica más singular que se puede encontrar en un mendigo. Además, iba vestido con harapos multicolores de una exagerada fantasía, que más habrían correspondido a un saltimbanqui que a un hombre de su condición. Este excéntrico anciano, antepasado de una raza eternamente perseguida, parecía sumido en un sueño letárgico, que no lograba turbar el alboroto ensordecedor producido por los numerosos vehículos que se abrían paso en el cruce de las calles. El gendarme, viendo la inanidad de sus imprecaciones y de sus órdenes, terminó por darle un puntapié, luego un segundo, para sacarlo de esa inercia provocativa. Se disponía a darle un tercero cuando vio que el mendigo abandonaba su postura inicial para dejarse caer al suelo y adoptar la actitud desdeñosa de una criatura sin vida. Durante un instante,

el gendarme creyó haberlo matado, y el pánico se apoderó de él ante la idea de que acababa de perder a su presa. Un mendigo muerto era menos que nada; incluso era un incidente por el que podrían destituirlo. Lo necesitaba vivo. Se inclinó sobre el viejo, lo cogió por el turbante, y se puso a sacudirlo de una manera insensata y salvaje, como si quisiera resucitarlo. Esta acción irreflexiva produjo lo irreparable: de pronto se vio la cabeza del viejo mendigo separarse del cuello con una facilidad mágica, y permanecer pegada al turbante que el gendarme seguía agitando en el vacío como un trofeo sangriento. La muchedumbre de mirones, que, desde hacía un momento, se había agrupado alrededor de los dos protagonistas de esta escena lanzó un grito de horror y manifestó su indignación mediante un diluvio de insultos dirigidos al gendarme. Este, libre de su trofeo, miraba a la aullante jauría que lo trataba de asesino con el talante de una persona afectada por calambres de estómago. Se necesitó cierto tiempo antes de que las mentes febriles por esa carnicería matinal se dieran cuenta de la superchería. Pues, lo que en un principio habían tomado por un mendigo de carne y hueso, solo era en realidad un maniquí hábilmente pintarrajeado por un artista concienzudo, y exhibido en aquel lugar respetable con la intención evidente de burlarse de la policía. Este descubrimiento, en lugar de tranquilizar a la muchedumbre, la lanzó al extremo contrario; se puso a reír y a burlarse del infortunado gendarme, aún bajo el efecto de la sorpresa. Ante la muchedumbre hilarante cuyas pullas le atravesaban el uniforme como otros tantos dardos, el desdichado agarró su silbato reglamentario y dejó oír una serie de silbidos agudos, destinados a soliviantar a los más valientes de sus colegas, al acecho por los alrededores. Pero la llamada quedó sin respuesta; por lo demás, la muchedumbre ya se dispersaba, tras haber obtenido su parte de guasa para todo el día. Cada cual se dirigió a sus quehaceres comentando el acontecimiento a su manera, pero siempre con ese espíritu malévolo que anima a la chusma cuando se halla frente a un representante del orden caído en desgracia.

A UN KILÓMETRO DE allí, en una habitación situada en la terraza de un edificio de seis plantas a orillas del mar, el joven Karim, autor de la broma, estaba lejos de jactarse de la grave afrenta dirigida a la autoridad del gobernador. Ni siquiera pensaba en ello. Tendido en su cama, con el torso desnudo y los dedos ocupados en retorcer una mecha de cabellos que le caía sobre la frente, recordaba por su indolencia a un monarca hastiado, colmado de riquezas y de placeres. Mientras se abandonaba a esta blanda languidez, parecía disfrutar de un placer voluptuoso contemplando a su querida de una noche, que se estaba vistiendo, de pie en medio de la habitación. Por la sonrisa condescendiente que aparecía por momentos en sus labios, se hubiera dicho que una procesión de bayaderas de caderas ondulantes y lascivas desfilaba ante sus ojos para su íntimo solaz, y no una pobre criatura (recogida la víspera en la calle) cuyos modestos encantos ya no tenían ningún secreto para él. Este ambiente de gran lujo, que intentaba crear mediante su actitud lánguida y afectada, ocultaba, a decir verdad, un estado de extrema tensión, al que estaba sometido desde que despertó. Como siempre en semejante caso, Karim utilizaba esta atmósfera ficticia para ocultar una táctica apta para desalentar la venalidad de sus efímeras amantes. El éxito de esta táctica —aunque segura— no dejaba sin embargo de emocionarlo hasta el punto de acelerar los latidos de su corazón. El instante en que iba a verse obligado a desvelar su juego se aproximaba inexorablemente.

Para el joven Karim no era su primera tentativa; según sus numerosas experiencias, había muy pocas posibilidades de que el asunto fallara. Esta pequeña prostituta, a la que había llevado a su casa tras haber instalado el falso mendigo en el cruce de las calles, no le causaría ningún problema; no tenía el temperamento de una chica escandalosa. Como mucho, se enojaría. Pero eso le importaba poco a Karim; no tenía intención de volver a verla. Por lo demás, el probable fracaso de su piadosa comedia solo lo inquietaba parcialmente; el desenlace se llevaría a cabo de cualquier manera. Lo que más deseaba era deshacerse de ella lo antes posible. La meticulosa lentitud que ponía en vestirse empezaba a exasperarlo. Tenía prisa por verla irse y estar por fin solo. La muchacha había dejado de divertirlo. Acontecimientos de la mayor guasa —como sucede diariamente— debían haberse producido por fuerza en la superficie de la tierra, y él quería saborear toda su sustancia en soledad, o bien en compañía de amigos capaces de comprenderlos. Compartir con una mujer placeres tan delicados le parecía inconcebible. Las hembras eran absolutamente impermeables a este tipo de humor a escala mundial; jamás podrían apreciar en su justo valor la enorme estupidez hormonal contenida, por ejemplo, en el discurso de un ministro. Ellas tomaban en serio todas las grotescas acciones de los tiranos en el poder. Esta debía de ser tan limitada como las demás. Aparte de las inofensivas palabras que adornan los juegos del amor, Karim no tenía nada que decirle.

Mientras la miraba vestirse, no dejaba de concederle como un favor especial su sonrisa condescendiente de monarca hastiado. La muchacha se ponía ahora los zapatos, con el rostro inclinado y la nuca sumisa. Karim se irritaba con su silencio; le parecía descubrir en él una especie de reproche. ¿Acaso ya sospechaba algo? En fin, se puso el vestido y estuvo lista.

Era el instante fatídico. Karim adquirió el aire distante de un gran señor habituado a las larguezas y a quien repugnan los regateos, para decir:

—¡Zuzú, querida! Antes de partir, mete la mano en el bolsillo de mi chaqueta y coge lo que quieras.

La muchacha permaneció sin moverse, visiblemente desconcertada por la invitación; durante un breve instante su mirada recorrió la habitación —quizás en busca de la chaqueta—, pero enseguida bajó los ojos, como afectada por una súbita vergüenza. Era una muchacha muy joven, con rostro de niña, de rasgos graciosos y conmovedores. Se veía sin dificultad en sus maneras llenas de humildad que era nueva en la profesión. Con el vestido de algodón estampado, la actitud modesta y el maquillaje discreto, parecía más una honrada colegiala que una cortesana. Su caso era bastante triste. Huía de los esbirros del gobernador cuando, la víspera, Karim la había abordado y luego invitado —siguiendo su manera principesca habitual— a pasar la noche en su apartamento. Es cierto que Karim designaba con esta pomposa denominación incluso un terreno baldío, con tal que este tuviera el privilegio de tenerlo como residente. La muchacha se dejó seducir; no tenía elección.

Ella seguía silenciosa e indecisa. ¡Momento patético! La chaqueta de Karim estaba colgada del respaldo de una silla, a unos pasos de la muchacha; desgraciadamente, sus bolsillos estaban vacíos o casi. El dinero que ella pudiera encontrar allí no bastaría para alimentar a un pájaro, aun de constitución delgada. Karim observaba ahora a la muchacha, presa de una duda que crecía por segundos. ¿Cómo reaccionaría? ¿Iba a acercarse a la silla y a hurgar en los bolsillos de su chaqueta? La pájara no se atrevería a pesar de todo a tomarle la palabra. ¿Acaso no la había tratado como a una reina? ¿No debería sentirse colmada con el ardor de los sentimientos que él le había manifestado durante esa interminable noche de amor? Karim recordaba la exageración de sus declaraciones inflamadas; ¿acaso no había llegado incluso a pedirla en matrimonio? En realidad no había olvidado nada para conquistarla. ¿Iba ahora a empañar su reputación y arruinar con un gesto mezquino un idilio que había empezado tan bien? Sería estúpido por su parte.

El silencio se hacía intolerable. Karim se disponía a abrir la boca para decir algo e intentar salvar la situación por otros medios cuando la muchacha habló por fin:

—¡Oh!, ¡no! Te lo agradezco. Así está bien.

La partida estaba ganada; Karim podía insistir sin riesgos. Dis-
tendió los miembros, hundió la cabeza en el almohadón, luego bos-
teizó espléndidamente.

—Pues claro; lo exijo. Vamos, coge lo que quieras. Si no me enfadaré.

—En otra ocasión —dijo la muchacha—. Por ahora, no nece-
sito nada.

Karim pareció irritado por el rechazo; se puso sentimental.

—Zuzú, me das lástima. Creía que ya no éramos extraños el
uno para el otro. Todo lo que me pertenece es tuyo. ¿Acaso ya no
me amas?

—No quería ofenderte —se excusó la muchacha, como si to-
mara conciencia del quebranto que causaba al joven—, pero me es
imposible aceptar tu dinero. Has sido tan gentil conmigo...

—Sencillamente es el amor el que me hizo actuar así —res-
pondió Karim, a quien las últimas palabras de la muchacha habían
tranquilizado definitivamente sobre la eficacia de su método—.
Pero no quisiera obligarte. Haz como quieras. Estás en tu casa. Te
considero como mi mujer.

Ella mostró una sonrisa triste, quizá debido a la enormidad
de la mentira, quizá también porque sentía la imposibilidad de
llegar a ser su mujer. Sin una palabra, cogió su bolso, que rondaba
por la mesa, y se aprestó a despedirse. Solo entonces Karim se dio
cuenta de hasta qué punto ella era joven; hasta qué punto su aspec-
to extraviado, su sonrisa tímida, podían ser turbadores. Tras esa
larga noche de amor, era la primera vez que la miraba de verdad,
ya no a través del velo del deseo, sino como una criatura humana
acosada e indefensa. Esta comprobación le resultó tan penosa que
olvidó su actitud de monarca degenerado; las bayaderas de caderas

ondulantes y lascivas desaparecieron; solo quedó en la habitación un espectáculo desconsolador y real. No había duda: la muchacha había traído con ella la tragedia. Karim no esperaba este artero ataque del destino; lo que acababa de suceder le parecía monstruoso.

«Qué dolorosa perspectiva —se dijo—, ¡soy presa de remordimientos!». Intentó escapar de esa debilidad, pero la compasión que sentía parecía tener prolongaciones hasta sus entrañas. La necesidad de hacer algo en favor de la muchacha se imponía en él. Ayudarla de cualquier manera, no dejarla partir así. Pero ¿cómo? Apoyándose en un codo, lanzó una mirada llena de esperanza a su chaqueta, como si pensara descubrir en sus bolsillos un tesoro olvidado; en su desconcierto él contaba con un milagro. De pronto pensó en lo que podría ofrecerle aparte de dinero, para probarle al menos su simpatía. Finalmente, creyó haberlo encontrado. Era muy sencillo: iba a preguntarle su nombre. Zuzú era el nombre que Karim daba invariablemente a todas sus conquistas de una noche, por razones prácticas y, también, para no guardar de ellas ningún recuerdo preciso. Pues bien, con esta muchacha actuaría de manera diferente. Estuvo a punto de llorar ante la idea de que ella se fuera sin conocer su nombre. De repente conocer ese nombre había adquirido para él una misteriosa importancia.

Preguntó con infinita dulzura en la voz:

—¿Cómo te llamas?

Ella vaciló antes de responder. Se la veía conmovida por esa señal de interés repentino.

—Me llamo Amar —dijo ella.

—Pues bien, Amar, estoy encantado de conocerte. Pasa a verme pronto. Cuento contigo.

—¿Realmente puedo? —dijo con un alegre resplandor en los ojos—. ¿No te molestaré?

—En absoluto. Al contrario. Estás en tu casa. ¿Acaso no te lo he dicho?

—Estoy muy contenta. Ahora me voy.

Quizá debía levantarse, ir hasta ella y besarla, pero Karim dudaba si llevar más lejos la aventura. Esta muchacha le rompía el corazón; un poco más y ella iba a volverlo neurasténico. No se movió. —¡Adiós! —dijo, todavía acostado.

Antes de partir, ella tuvo palabras de rara urbanidad para agradecerle la noche pasada bajo su techo. Se habría dicho al oírla que había sido colmada de honores y de atenciones. Karim, perplejo, se imaginaba que ella había adivinado sus manejos y que sus palabras afables destilaban una burla atroz. Pero eso no era muy probable; todo en la muchacha respiraba franqueza y honestidad. Karim se avergonzaba de haber abusado de su candor; los remordimientos aún lo atenazaban. En el fondo, ella lo había poseído a su manera; ahora se daba cuenta de ello.

Amar abrió la puerta y la terraza apareció inundada de sol; la luz entró en la habitación.

—Deja la puerta abierta —dijo Karim.

Mientras esperaba que la puerta exterior se cerrara tras la muchacha, Karim se sintió liberado de un gran peso. Por fin podía respirar tranquilo. Saltó de la cama y luego, tras atarse el cordón del pantalón del pijama, salió a la terraza. Desde que, hacía aproximadamente una semana, vivía en esa habitación, donde gozaba de una vista soberbia sobre el mar (lo que la diferenciaba agradablemente de su antiguo alojamiento, oscuro y sin aire, un verdadero tugurio de los barrios indígenas), se despertaba cada mañana con un sentimiento de jovial alegría. El primer acto del día consistía en salir a la terraza para alimentarse con el espectáculo que le ofrecía su situación privilegiada. Aún no estaba saciado de esta novedad. Incluso la lectura del periódico, que hasta ahora había sido el alimento esencial de su alegría —debido a un universo fértil en locuras de toda clase—, la dejaba para después de esta vuelta diaria al horizonte. Desde su sexto piso, como un explorador desde lo alto de una montaña, Karim dominaba la ciudad y sus múltiples madrigueras, donde se afanaba en prosperar una muchedumbre

de imbéciles y de tarados. Esta vista general de una sociedad entregada al más sangriento bandidaje le proporcionaba un placer sin límites. Cada vez más consideraba su nueva residencia como un observatorio en el que sus facultades humorísticas podían desarrollarse con toda libertad.

Se acodó en el parapeto de ladrillos que bordeaba la terraza y miró fijamente el mar. Hasta los lejanos vapores que tapaban el horizonte, el mar estaba liso y brillante como un espejo. A su derecha y a su izquierda se extendía la ciudad, que presentaba, con sus edificios modernos de tonos claros, la imagen engañosa de una ciudad floreciente. Nadie, desde alta mar, habría podido sospechar detrás de esa fachada la inmensidad leprosa de los barrios indígenas, con sus tugurios infectos y su miseria milenaria. Karim sentía el calor del sol sobre el torso desnudo; respiró profundamente, luego se inclinó y miró por encima de él la pista asfaltada del paseo marítimo. Este bordeaba la orilla durante varios kilómetros. Era una ancha avenida de doble calzada, y una acera para los paseantes que venían por la noche en busca del frescor del mar, descascarando semillas de sandía. Numerosos coches circulaban a una velocidad desenfrenada, semejantes, vistos desde lo alto, a juguetes mecánicos estropeados. A veces, para dicha de Karim, un cochero de simón adormecido en su asiento ponía una nota humana en esa persecución infernal hacia la nada. Pero ahora era cada vez más raro ver a un hombre en reposo. La policía perseguía la pereza y la desidia, juzgando los crímenes contra la nación. Toda una civilización, todo un modo de vida fácil y bondadoso, tendía así a desaparecer. En la acera reservada a los paseantes, solo algunos transeúntes apresurados por llegar a no se sabe dónde circulaban con paso rápido. Algo había cambiado en el paisaje; no se divisaba ni un solo vagabundo acostado al sol. Ningún cuerpo tendido o simplemente acurrucado en el suelo. La mendicidad se había convertido en un asunto clandestino. ¿Dónde se escondían ahora los mendigos? Era poco probable que trabajaran todos en una fábrica. Bueno, ¿y...?

¡Qué triste! La ausencia de mendigos en el paseo marítimo era el signo de los nuevos tiempos. Ese gobernador ignaro, con sus ideas absurdas, había logrado modificar el aspecto fundamental de la ciudad. Karim se preguntaba qué le habría ocurrido al maniquí que había dejado la víspera en el centro del barrio europeo. ¿Ya lo habrían descubierto? Lamentaba no poder asistir a la captura del falso mendigo por la policía; perdía con ello una hermosa ocasión de reír. Quizá podría leer algunos ecos de ello en la prensa. Eso no era cierto. Todos los periódicos estaban a sueldo del gobernador; jamás se atreverían a publicar una nota que haría de él la mofa incluso de los niños de corta edad. ¡No importa! El gobernador, él, sería informado de este intento de cambiar sus órdenes en burlas; su obtuso cerebro iba a sufrir un estallido. Seguramente no esperaba ser combatido de una manera tan inusitada. Hasta aquí, se había contentado con detener a algunos miembros del partido revolucionario clandestino que, desde hacía años, servían de fáciles víctimas a todo gobernador en el poder. Tras haber demostrado así su fuerza, a ejemplo de sus gloriosos predecesores, y resuelto el problema de la oposición en las capas trabajadoras, el gobernador se creía muy al abrigo de toda propaganda perjudicial a sus intereses. Conocía un único tipo de mentes subversivas: individuos intransigentes en su odio, que se glorificaban de sus actos, y dispuestos a morir por el triunfo del derecho y de la justicia. En resumen, gente que, como él, se tomaba en serio. ¿Cómo podía sospechar de la eclosión en la ciudad de una especie desconocida de revolucionarios? Unos revolucionarios burlones y llenos de buen humor que lo consideraban como un fantoche —a él y a sus semejantes de todo el mundo— y para quienes sus actos y gestos solo eran convulsiones grotescas y ridículas. Así pues, Karim preveía para él las peores contrariedades. Se iba a encontrar inmerso en un estado insurreccional de un nuevo tipo, y ante el cual no sabría de qué manera actuar. Aunque el falso mendigo había sido una farsa que no carecía de gracia, no era más que una fruslería comparada con la gigantesca maniobra loca que se

preparaba. Karim sabía que su amigo y cómplice, el incomparable Heykal, estaba a punto de preparar una acción cuya sutileza y alcance clandestino debían arruinar para siempre la autoridad del gobernador. A decir verdad, él ignoraba lo esencial de lo que se tramaba, pues Heykal había mantenido el misterio sobre los detalles de la alegre conspiración. No obstante, un hecho probaba la inminencia de la lucha insidiosa que Heykal se disponía a librar. Finalmente, Heykal había decidido reunirse con Khaled Omar, el negociante, y le había encargado a él un mensaje para este último, dándole cita para esa misma noche. Esa simple cita significaba que Heykal había madurado un plan de ataque y que necesitaba contribuciones materiales para ponerlo en marcha. Khaled Omar era un hombre cuya fortuna y amplitud de miras podía proporcionarle una ayuda inapreciable. Así pues, esa noche tendría novedades; Heykal iba por fin a exponer sus proyectos. El encuentro debía tener lugar en un café de la ciudad europea, y Heykal había especificado que deseaba entrevistarse con el negociante cara a cara; sin duda quería abusar de su encanto sin testigos. Sobre el resultado de la entrevista, Karim estaba tranquilo. Sin duda Khaled Omar se vería subyugado por el irresistible ascendente que ejercía Heykal en todas las personas con las que se encontraba. Nadie se resistía a Heykal.

Aún era demasiado temprano para visitar al negociante; este solo iba al despacho tarde por la mañana. Mientras esperaba, Karim deambuló por la terraza, pensando en los múltiples sinsabores que él y sus amigos reservaban al despreciable gobernador. No obstante, el recuerdo de la joven puta a la que había engañado, haciéndole el truco del gran amor, continuaba obsesionándolo. Se prometió, si volvía a verla una noche de estas, ofrecerle un poco de dinero o un regalo cualquiera. Tranquilizado por este pensamiento altruista, regresó a su habitación y se dirigió derecho al rincón donde se amontonaban cometas de todos los tamaños y de todos los colores, algunas todavía en construcción. La ocupación favorita de Karim, desde hacía algunos meses, consistía en fabricar cometas que

vendía a un mercader de caramelos y garbanzos —dotado de una clientela infantil— que tenía una tienda en una calle del vecindario. En la época de los aviones a reacción, el joven Karim encontraba maravilloso, genial, replicar al progreso nefasto de un mundo alucinado con la mecánica fabricando cometas, juguetes soberbios y fútiles. Experimentaba una alegría tranquilizadora al ver en el cielo esos ingenios ligeros y pacíficos burlándose de los pesados navíos aéreos, máquinas toscas desprovistas de toda poesía.

Hurgó un momento en el montón, terminó por hallar una de ellas aún en estado de esqueleto y cuya estructura formada por varillas de mimbre cortadas y sujetas por la mitad mediante un cordel dejaba prever una cometa de un tamaño sorprendente. Luego, se proveyó de un par de tijeras, algunos rollos de papeles coloreados y un plato en el que mezcló agua con harina para obtener una sustancia pegajosa. De vuelta en la terraza con dichos materiales, colocó en el suelo enlosado el esqueleto de la cometa, se agachó, y se puso manos a la obra con la misma conciencia y gravedad austera de un sabio construyendo un aparato capaz de llevar a cabo el viaje a la luna.

Absorto en su tarea, Karim no prestó atención a la intrusión en la terraza de un personaje de aspecto miserable que, de pie junto a la puerta de la escalera, intentaba en vano recuperar el aliento. Este individuo pálido y enfermizo, de unos cincuenta años, llevaba una carpeta bajo el brazo y en la mano un paraguas cerrado, en el que se apoyaba tambaleante. Estuvo un buen rato jadeando, luego fue sacudido por un ataque de tos que, en varias ocasiones, estuvo a punto de ahogarlo. Al oír esa tos bronca, Karim levantó la cabeza y, pasmado, miró estúpidamente al intruso. Este lo miró también, como alguien que en una muchedumbre encuentra a un conocido, pero sin mayor placer.

—¿Eres tú el llamado Karim?

—Sí, soy yo. ¿De qué se trata?

—Policía —dijo el hombre—. Me encargo de una investigación referente a ti.

Karim se levantó de un salto sin dejar de mirar al hombre. ¡Curioso policía! Con esta canícula, iba vestido como para afrontar los rigores de un crudo invierno: un traje de grueso paño oscuro y una bufanda de lana enroscada alrededor del cuello. Su rostro delgado tenía un aspecto grave y preocupado, pero no severo. Era esa especie de gravedad que se observa en algunos enfermos condenados a una muerte prematura. Parecía estar al borde del agotamiento. Los seis pisos que había tenido que subir representaban una hazaña peligrosa para su edad. El sol cegador que inundaba la terraza le impedía ver bien; abrió el paraguas y, bajo una sombra propicia, observó largamente al joven. Esta actitud ridícula tuvo en Karim un efecto saludable; su aprensión desapareció. Avanzó hacia el policía.

—¿Qué pretende la investigación? —preguntó.

—¿Podríamos entrar en tu casa? Me gustaría sentarme. Tengo que hablarte.

—¡Será un honor! —dijo Karim—. Entra.

El policía cerró el paraguas y entró en la habitación. Karim lo siguió sin preocuparse. Se preguntaba, de todos modos, cuáles eran las razones que motivaban esa investigación. Hacía mucho tiempo que no había tenido tratos con las autoridades. Que lo hubieran descubierto —y tan deprisa— como autor del falso mendigo era impensable. ¡O bien se entregaban al ocultismo! Era poco creíble. Lo mismo daba, ya se vería. El semblante de ese policía asmático y friolero le parecía de buen augurio.

Karim no faltó a las atenciones usuales.

—¡Ten a bien tomar asiento, Excelencia! Confío en que sabrás disculpar el desorden del lugar. Apenas acabo de instalarme.

—No tiene importancia. No es una visita mundana.

El policía se sentó; aún jadeaba, pero débilmente. Karim cogió rápidamente su chaqueta y se cubrió el torso con ella; acababa de acordarse de que debía tener una actitud decente ante un representante del orden, aunque este estuviera moribundo y ahogado por el asma. Desde que conocía a Heykal, es decir, desde que la vida se le